

pensado hacer: aquellos han sufrido mas trabajos que estos han discurrido: un dia de aquellos ha sido mas glorioso que toda la vida de estos: uno solo de aquellos ha tenido mas valor y firmeza que todos los otros juntos.

CAPITULO VI.

DE LA MISERICORDIA, QUINTO RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS.

El angélico doctor, siguiendo al apóstol S. Juan, que enseña que el que tuviere riquezas de este mundo y viere á su hermano tener necesidad y le cerrare sus entrañas, no está la caridad de Dios en él (1), pone á la misericordia entre los efectos ordinarios de la caridad (2). Este es el único motivo por que le doy aquí lugar antes de las otras especies de reconocimiento que se deben á la Virgen santísima.

§. I.—Que la misericordia es un reconocimiento muy grato á la madre de Dios.

1.º Porque ella es madre de misericordia.

I. Si el sol tuviera algun conocimiento de los actos que alumbra en este mundo, y de los impulsos de nuestros corazones, no dudo que agradecería la estimación que hacemos de su luz, y quedaria así satisfecho del bien que comunica á los hombres. O mucho me equivoco, ó este es el motivo de que se vale el Espíritu Santo cuando nos exhorta á amar la misericordia, porque nuestro padre celestial es misericordioso. Esto viene á ser precisamente como si dijera que se huelga mucho de vernos honrar la misericordia de su amada hija, una

(1) I. Joan., III.

(2) Secunda secundæ, q. 30.

de las prendas mas preciosas que posee, y que se alegra del bien que nos ha hecho, cuando advierte que le imitamos haciendo bien á los demas. Con efecto dice san Gregorio Niseno que cuando Dios nos exhorta á ser misericordiosos, no intenta otra cosa mas que marcarnos con su sello y grabar en nuestra frente un carácter, porque en frase del Nazianceno el que socorre á los necesitados, es como el Dios de ellos. Esta es la primera razon que me persuade á que la misericordia es uno de los modos gratos á la madre de Dios con que podemos pagar sus piedades. El que se acuerde de que nuestra señora es madre de ella y que ese es uno de sus títulos mas preciados y honoríficos, no podrá dudar que la ama profundamente en sus hijos y que tiene suma satisfaccion de verlos sobresalir en esa virtud por amor suyo. Hasta los animales mas pequeños se deleitan en sus semejantes; pues ¿cómo el hombre, criado á imágen y semejanza de su Dios, dejará de complacerse en ser misericordioso con los otros hombres sus hermanos?

2.º Porque es madre de los hijos de Dios.

II. Mas cuando la considero como á madre de una familia dilatada donde hay infinitos menesterosos, pareceme estar convencido de que ha de agradecer sobremanera la misericordia que por su respeto se hace con ellos. La Virgen á imitación de su hijo tiene pequeños, en cuya persona quiere ser reconocida, ó mejor dicho, aquellos á quienes Jesucristo llama sus pequeños, lo son tambien de su madre santísima. De suerte que no es él solo el que nos dice: Lo que hagais con uno de mis pequeños, lo hareis conmigo; sino que María usa el mismo lenguaje, porque no es solamente madre, sino madre de misericordia, y á ella corresponde en cierto modo mas inmediatamente el cuidado

de sustentar y atender á sus hijuelos. Habiendo pues cargado con esta obligacion por amor de su hijo, no puede decirse que no está extraordinariamente agradecida á aquellos por cuyas manos la desempeña.

2.º *Porque por la misericordia nos hace medrar en la amistad y gracia de Dios.*

III. La tercera consideracion es la ocasion que tiene asi de ponernos en gracia con su hijo; porque es cosa admirable en esta madre amorosa: ella exige verdaderamente nuestro reconocimiento; pero como cuida de nuestro bien mucho mas sin comparacion que nosotros mismos, hace particular estima de aquellos modos de reconocimiento que la obligan á proporcionarnos nuevas gracias, y mas especialmente la misericordia, porque por un privilegio singular es pagada en moneda del cielo en cuanto es hecha. Por mas secretamente que se haga en el seno del pobre, al punto la columbra la madre de los pobres, la recibe en sus manos y la presenta á su hijo aun antes que el necesitado se aproveche de ella. ¡Cómo desearia yo que las personas compasivas y piadosas tuvieran los ojos limpios para ver lo que pasa en el cielo en favor de la misericordia, con qué afecto la recibe la Virgen como hecha á su propia persona y la ofrece á su amado hijo, cómo la mira este, y qué precio tiene porque ha pasado por las manos de nuestra madre misericordiosa! ¡Oh cómo crecerian en el amor de esta santa virtud y reiterarian los actos de ella! Porque si aquel solitario que vió un dia á los ángeles contando los pasos que daba por el servicio de Dios, los multiplicó cuanto pudo en el resto de su vida; creo firmemente que estos al ver la satisfaccion y contentamiento que el cielo recibe por su caridad, la ejercitarian frecuente y diligentemente y muchos se quedarian sin nada por socorrer á

los necesitados. Ya es tiempo de especificar los actos de misericordia.

§. II.—Diversos rasgos de misericordia.

Tener buena voluntad de socorrer á los necesitados.

I. El rasgo de misericordia de que hablamos, consiste en un gran deseo de socorrer á los necesitados por amor de Dios y de su madre, porque nadie, aunque carezca de facultades, está dispensado de esta virtud. Los pobres estan obligados á ella lo mismo que los ricos y muchas veces se alzan con el premio mejor que los que tienen pingües haciendas. El arca de sus ahorros es la buena voluntad, la cual no queda exhausta sino cuando quieren ellos. Si no pueden echar mano á la bolsa, por lo menos pueden tener buenos deseos, pedir por los menesterosos, encomendarlos á la madre de misericordia y suplicarla que los socorra. Tales caridades, aunque invisibles, suelen surtir grandisimos efectos en favor de los necesitados, que se encuentran socorridos por una parte de donde nunca hubieran esperado auxilio.

Socorrerlos con lo que se pueda.

II. Es un rasgo de misericordia socorrer al pobre como se puede y dar lo poco que uno tiene con rostro alegre y con gran afecto de agradar á Dios y á la Virgen. Siendo jóven santa Isabel de Hungría no tenia grandes riquezas que repartir; pero su devocion á la madre de Dios la hacia hallar facultades acomodadas á su edad y condicion. Siempre separaba á un lado una parte del dinero que le daban para sus pasatiempos, y le repartía en limosnas á los pobres por amor de la Virgen pidiéndoles que rezasen una *Ave María*. Cuenta S. Gregorio que san Diosdado, de oficio zapatero, iba todos los sábados á la

iglesia de S. Pedro en Roma, donde repartía á los pobres en reverencia de María santísima todo el jornal que había ganado en la semana. Nuestra señora agradeció tanto esta caridad, que manifestó á un siervo suyo el palacio de oro que fabricaban unos arquitectos para Diosdado; pero lo que le causó mas admiracion antes de saber el secreto, es que solo los veia trabajar los sábados. Santa Catalina de Sena, viviendo aun en la casa paterna, era vigilada cuidadosamente para que no hiciese demasiadas limosnas. Un día que estaba á punto de tirar un poco de harina echada á perder en la época mas rigurosa del año, discurrió aprovecharla en beneficio de los pobres y confiada en Dios y en la Virgen se puso á hacer pan con aquella misma harina. ¡Cosa admirable! Al punto apareció la madre de Dios, se puso haldas en cinta y empezó á trabajar con Catalina derramando su bendicion sobre aquella masa en tales términos, que no solo salió un pan excelente, sino que se multiplicó de una manera asombrosa y hubo para socorrer con profusion á los pobres por muchas semanas. Habiendo sabido por la voz comun lo que pasaba S. Raimundo, confesor de la santa, quiso oír de boca de ella la verdad del suceso, y dijo por escrito lo que queda referido.

No negar nada de lo que se pide en reverencia de la Virgen.

III. No quiero multiplicar los rasgos de misericordia; pero no puedo omitir uno señalado, que practicaron algunos tan generosa como ingeniosamente en reverencia de la Virgen; y es un propósito inalterable de no negar nada de lo que les han pedido por amor de la misma, siendo posible. S. Gerardo, primer obispo y mártir de Hungría, otorgaba todo cuanto se le pedia á nombre de la madre de Dios. Los presos que sabian esta piadosa costumbre, se aprovechaban de ella para recobrar su li-

bertad; lo que les concedia Gerardo con lágrimas en cuanto nombraban á María santísima. Pero como es cosa muy diferente repartir uno sus bienes y darse á si mismo, me parece singular el hecho del venerable Alejandro de Hales, maestro de santo Tomás y clara lumbrera de la orden de S. Francisco. Era doctor de París, dice S. Antonino (1), y cautivaba la admiracion universal por su talento sobresaliente y su copiosa ciencia. Amaba tan tiernamente á nuestra señora, que habia hecho voto de no negar cosa alguna razonable que se le pidiese en su nombre. Habiéndolo sabido un religioso franciscano fué á buscarle por inspiracion de Dios, y despues de varias pláticas le rogó en nombre de aquella á quien tanto amaba, que tomase el hábito de la orden seráfica. Sorprendido en extremo quedó Alejandro, que por entonces no pensaba en tal cosa; no obstante respondió que lo meditaria. Así que se quedó solo, se postró ante una imágen de la Virgen y deshecho en lágrimas le preguntó qué significaba aquella amonestacion y qué designios tenia sobre él. En el instante mismo se sintió tocado interiormente y no pudo contener la mocion impetuosa de la divina gracia, que le inclinaba á tomar el mejor partido. Con efecto desde allí se marchó al convento de S. Francisco y pidió el hábito, que fácilmente le fué concedido: el éxito manifestó que aquello habia sido cosa de la madre de Dios.

IV. Referiré un hecho memorable que trae el cardinal Baronio en sus Anales al año 1181, por donde se verá que asi como la Virgen aprecia infinito un corazon tan franco para con ella, que concede por su amor cuanto se puede otorgar, así se perjudican mucho y la agravian extraordinariamente los que rogados en su nombre niegan lo que se les pide. Cerca de Cahors en Quercy hay una

(1) Part. 3, tit. 24, cap. 8, §. 1.

antigua y famosa iglesia de nuestra señora de Rocamadour, de que hablé en el capítulo XII del tratado primero. Hallándose un día en necesidad los religiosos destinados al servicio de la reina de los ángeles, recurrieron á un ricacho de la ciudad y le pidieron prestada cierta cantidad de dinero dejándole en prenda las cortinas de la iglesia. Llegó una fiesta solemne de la Virgen, y los religiosos fueron á suplicar á aquel hombre les hiciese la merced por la misma señora de dejarles las cortinas para adornar el templo por un solo día. El bárbaro (porque no se le debe dar otro nombre), lleno de presuncion y rebosando en impiedad, respondió que la Virgen se pasase si queria sin las cortinas; que estaban puestas en la cama de su mujer, la cual habia parido tres dias antes; y que su clase exigia que en un dia tan fausto recibiese decorosamente las visitas. La Virgen enojada de esta respuesta descomedida é impía se apareció la noche siguiente á la mujer del ricacho y le dijo que estaba muy ofendida de la conducta de su marido; que en castigo el niño recién nacido moriria de allí á tres dias, y cinco despues su padre empedernido como un turco; que ella se marchase á Betlehem, donde hallaria tres sepulcros, sirviendo el de enmedio, que estaba vacío, para enterrarla; que hasta la hora de su muerte todos los miércoles desde las tres de la tarde á igual hora del sábado echaria mucha sangre por la boca y las narices, caeria desmayada y seria tenida por muerta; pero que despues se pasaria las manos por la cara y volveria en sí recobrando las fuerzas. Así aconteció puntualmente como habia predicho la Virgen: otras muchas cosas notables pasaron en aquella mujer, que omito porque no hacen á mi intento.

V. Pero cuando me acuerdo de que S. Pedro Crisólogo llama á la Virgen una casa de hospitalidad (1), no

puedo dudar que recibirá particularísima satisfaccion de la fundacion de hospitales y otras casas semejantes destinadas á acoger y socorrer á los pobres y menesterosos. En esto difícilmente podrá encontrarse, segun creo, mas caridad de una parte y de la otra mas devocion á la Virgen que en la ciudad de Nápoles, donde casi todos los lugares de misericordia están erigidos bajo el nombre de nuestra señora. Si entramos en la capital de aquel hermoso reino, á cualquiera parte que nos dirijamos, descubriremos vestigios de la piedad antigua y moderna. Veremos un vasto hospital llamado de nuestra señora del Pópulo ó de incurables, donde hay multitud de enfermos de todas clases, sin contar la dependencia de las arrepentidas, que por lo comun pasan de doscientas y setenta. Sus rentas ascienden á sesenta y seis mil ducados sin las limosnas, que en años comunes montan á mas de dos mil. Hallaremos el convento de nuestra señora de Jesus, redencion de cautivos, de donde cada tres años se despacha un comisario á la Mauritania con el rescate de cien cautivos escogidos entre los que son naturales del reino de Nápoles. Nos enseñarán las casas de nuestra señora del Monte de piedad, donde se presta dinero sin interés á los necesitados; nuestra señora del Monte de misericordia, donde se practican casi todas las obras de misericordia corporales y espirituales; nuestra señora del monte de la Natividad, donde se atiende especialmente al socorro de los pobres vergonzantes; nuestra señora de Loreto, donde se mantienen hasta doscientos huérfanos; nuestra señora de la Columna, donde se mete á los vagamundos; nuestra señora de la Visitacion de los pobres, de la Concepcion, de la Claridad, de Constantinopla y de la Soledad (en una de estas casas se educan en la virtud hasta doscientas y cincuenta doncellas pobres y en las otras mas ó menos segun las rentas que hay); nuestra señora de la Caridad, del Refugio y de Carminel, en cada

una de las cuales se mantienen cierto número de mujeres pobres. Pero entre todos estos asilos de piedad cristiana no hay ninguno parecido al de la Anunciada tanto en el edificio, como en rentas y buenas obras. Montan las rentas á ochenta y ocho mil ducados; pero las expensas ascienden casi á un duplo; de donde es fácil de inferir que la caridad suple lo que falta. En esto se distingue la nobleza, cuya liberalidad sería increíble si no lo confirmaran personas fidedignas. Gástanse hasta diez mil ducados en sostener el culto divino y mantener á los eclesiásticos que sirven á él, diez y seis mil en la manutencion y salarios de cuatro mil nodrizas para los niños expósitos, cerca de setenta mil en los gastos ordinarios, y cuarenta mil anuales en un censo. Dejo aparte lo demas, porque no me he propuesto hacer una relacion individuada; pero si he querido contar lo que queda dicho, para que se vea hasta dónde puede llegar la piedad de una ciudad sola cuando la caridad y el zelo por la honra de Dios corresponden á las facultades de los habitantes, y para que se sepa que los necesitados y atribulados de todas clases y condiciones están bajo la proteccion y providencia especial de la madre de bondad.

No puede darse una cosa mas magnífica, ni mas útil al pueblo que la congregacion de la misericordia erigida en la ciudad de Lisboa bajo los auspicios de la Virgen el año 1498 por la reina doña Leonor, princesa de incomparable virtud. Esta congregacion se extendió rápidamente á las principales ciudades y lugares del reino con notable aumento de la gloria de Dios y provecho corporal y espiritual de los fieles. Todos los años el dia de la Visitacion de nuestra señora se eligen doce cofrades, seis de la nobleza y seis del estado llano, aquellos que se juzgan mas á propósito para ejercer las obras de misericordia. De estos doce, que llaman asesores, se elige el mas distinguido en nobleza y virtud, para que haga de

cabeza de toda la congregacion, y despues se nombran dos, uno noble y otro del estado llano, para que visiten á los enfermos, socorran á los menesterosos, entierren á los muertos ó los acompañen con hachas y hagan otros officios semejantes. Hasta los reyes entran en esta cofradia y tienen á honra ser presidentes de ella; y es admirable cómo se muestran fervorosos y puntuales en todos los actos de caridad. Cuando hay carestía de víveres, se junta á los pobres y se los distribuye por las casas mas acomodadas ó por los conventos de mas rentas. A los pobres vergonzantes se hace de modo que no les falte nada de lo necesario. A los presos les suministran el alimento y el vestido; además les buscan buenos abogados para su defensa y sufragan á todas las expensas del proceso. Seria cuento de nunca acabar, si hubiera de referirse por menor á cuántos pobres visten todos los años, á cuántas huérfanas casan, á cuántos cautivos rescatan, á cuántos muertos entierran. En vista de esto ¿no es un continuado milagro que la congregacion sin mas rentas que las caritativas dádivas de las buenas almas no carezca nunca de recursos para socorrer todas las necesidades, en lo que se emplean anualmente mas de cincuenta ó sesenta mil ducados? ¿No son estas maravillas de la madre de misericordia y testimonios evidentes de lo gratas que le son tales obras de piedad?